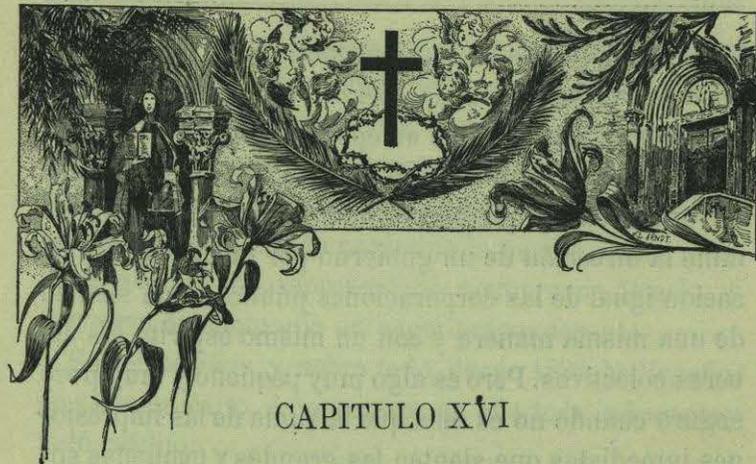


niobras de Bornstett, se le desbocó tres veces un fogoso caballo padre que montaba. La emperatriz y el príncipe Enrique, asustados, le rogaron que cambiase de cabalgadura, cosa fácil puesto que lleva siempre un caballo de reserva. Pero él no quiso. Despreciando el peligro, se empeñó en rendir al terrible animal, y consiguió su objeto.

Durante los disturbios de Berlín, en 1891, mostró un valor y una sangre fría admirables.

La nerviosidad de Guillermo le ha producido varios ataques epilépticos, que se ha procurado tener ocultos, pero que nadie ignora. Sufrió el primero en el verano de 1891, dos meses antes de su viaje á Inglaterra. Se le encontró en su tocador, tendido en el suelo bajo una butaca que había derribado al caer. De pronto corrió la voz de que habían asesinado al emperador; luego se dijo que éste se había suicidado. La verdad se supo cuando el kaiser, asistido por los médicos, se repuso del accidente. Desde entonces los ataques se han repetido, aunque no con tanta frecuencia. La explicación dada á la servidumbre de palacio por el mayordomo Eulenburg es peregrina:

—Su Majestad—dice Su Excelencia—tiene una manera particular de echarse violentamente en su butaca. No es, pues, de extrañar que la butaca ceda á veces á su peso.



CAPITULO XVI

El emperador y los partidos. — El discurso de Hamburgo. — La opinión pública. — La nobleza prusiana y alemana. — Relación de los partidos conservadores con la corona. — Duras medidas contra los rebeldes. — Conceptos erróneos de Guillermo en materia política. — Su personalismo en la esfera religiosa. — Una pastoral y una encíclica. — Conflicto de conciencia. — Guillermo II y los católicos. — Visitas del kaiser á León XIII. — Visita del canceller Waldersee al general de los jesuitas. — Guillermo, caballero del Santo Sepulcro.

«Ante todo, debe el pueblo deponer su afán de buscar el sumo bien en las tendencias cada vez más acentuadas de los partidos; es preciso que deje de poner el interés de la parcialidad por cima del bienestar general; es menester que enmiende su defecto hereditario de someterlo todo á una crítica desenfrenada y que se detenga ante los límites que le trazan sus más vitales intereses.»

Así habló el emperador Guillermo en Hamburgo en 18 de octubre de 1899.

El kaiser se lamenta del espíritu de partido, pero no consigue dominarlo, y aun puede decirse que ese espíritu nunca ha dejado oír su voz de un modo tan estridente como de algunos años á esta parte.

Rodolfo Gueist, en su «Sistema del *Selfgovernment*»,

ha dicho: «¿Qué es la opinión pública? La opinión pública puede ser una gran fuerza, la fuerza irresistible del espíritu nacional que en épocas grandes y tormentosas es capaz de guiar á un gobierno de Estado; puede ser una potencia que en los tiempos tranquilos determine la dirección de un gobierno por medio de la pulsación igual de las corporaciones públicas que sienten de una misma manera y con un mismo espíritu los deberes colectivos. Pero es algo muy pequeño y muy poco seguro cuando no es más que la suma de las impresiones inmediatas que sienten las grandes y pequeñas sociedades industriales y los suscriptores de grandes y pequeños periódicos en presencia de los sucesos del día.»

Y ha querido la fatalidad que desde 1880 hasta las jornadas de diciembre de 1906 hayan sido, no aquellos poderes irresistibles, sino estas fuerzas pequeñas é inseguras, las que han pretendido señalar los derroteros de la gobernación del Imperio germánico.

Ya desde el primer gran conflicto, el surgido entre el gobierno y los elementos conservadores del pueblo, el personalismo apareció tan en primer término, que, de ello solo, podían derivarse funestas consecuencias. Entonces cuando la cuestión de los tratados excitaba en tan alto grado el interés público, el emperador hizo saber *urbi et orbi* que en la oposición de las derechas no veía una lucha contra un ministro sino contra el que ceñía la corona, y que consideraba toda contradicción como malevolencia contra sus propósitos de padre del pueblo.

Esta apreciación tuvo entonces consecuencias sociales que, como la exclusión de los condes de Kanitz y

Mirbach de la lista de los invitados imperiales, hirieron profundamente el sentimiento monárquico del elemento antiguo prusiano y la dignidad de aquel estamento cuyos miembros habían merecido ser calificados por el emperador, en su discurso á los caballeros sanjuanistas, de «los más nobles de la nación.»

La nobleza ha representado siempre en Prusia, y conserva en Alemania un papel preponderante.

En veinte años, y, sobre todo, desde 1880, ha llegado, de éxito en éxito, á concentrar en ella toda influencia y todo crédito.

En 1900, reina y gobierna en las Cámaras. En las administraciones públicas, sus representantes tienen acaparados los caminos del poder y defienden en él sus teorías ó expresan las tradiciones de una casta y los intereses de una clase.

Son realistas porque para ellos son los favores reales; son reaccionarios, porque el principio de su fuerza está en el pasado; son proteccionistas porque suya es la propiedad rural.

Mientras duró Bismarck en el poder, tuvieron que contentarse con la parte que éste les cedía; después de la retirada del canciller de hierro, han ganado terreno constantemente.

En 1892, hicieron salir al conde Caprivi del ministerio prusiano, y, en 1894, le hicieron arrojar de la cancellería del Imperio.

El discurso de Guillermo II en Königsberg poniendo la patria bajo la guardia de la nobleza, las leyes represivas propuestas por el príncipe de Hohenlohe y las elecciones de 1898 les hicieron perder toda medida.

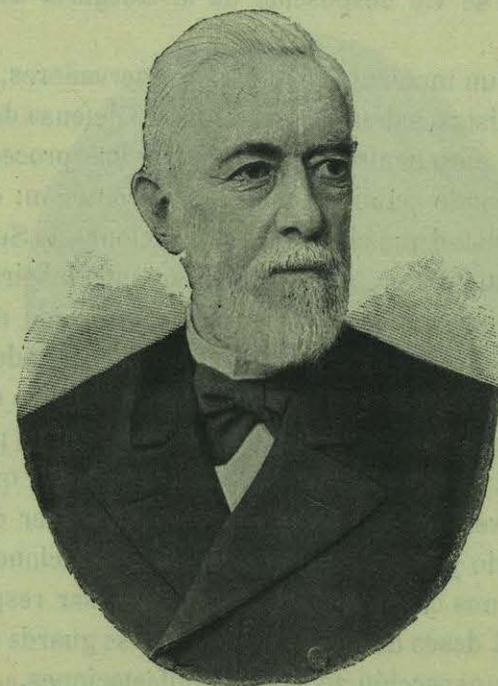
En 6 de septiembre de 1894, dirigiéndose á los Esta-

dos de la Prusia oriental, el kaiser expuso, con una dureza hasta entonces nunca oída, la relación de los partidos conservadores, que estaban en la oposición, con la corona. Entonces dijo que la oposición de la nobleza prusiana al emperador era un absurdo, y añadió: «Todos los días me esfuerzo por ayudaros; pero vosotros habéis de apoyarme en ello, no con tumultos, no apelando á medios del partido profesional de la oposición que tan á menudo y con razón habéis combatido, sino conversando, confiados, con vuestro soberano. Mis puertas están siempre abiertas á todos mis súbditos, y á todos escucho gustoso. Que este sea, en lo sucesivo, vuestro proceder, y consideraré como borrado todo cuanto ha sucedido.» Y terminó diciendo: «Del mismo modo que la hiedra se enrosca en la nudosa encina, la adorna con su follaje y la protege cuando las tempestades agotan su copa, adhiérase á mi casa la nobleza prusiana. ¡Ojalá que ella, y con ella toda la nobleza alemana sean un esplendente ejemplo para los elementos del pueblo que aún vacilan! Vayamos, pues, juntos á la lucha. ¡Adelante con Dios, y caiga la infamia sobre el que abandone á su rey!»

Al hablar así, prescindió el emperador de la doctrina constitucional de que los ministros, y no el soberano, son los directores del sistema político, y contra ellos va la oposición. Sus palabras motivaron el que un periódico conservador escribiera: «Si en lo sucesivo los nobles no pueden hacer oposición á la corona, es preciso, si pertenecen al Parlamento, que renuncien á su nobleza ó á su mandato, y que, en adelante, no se presenten candidatos en las elecciones, ni formen parte de la Cámara de los Señores.»

Cuando la enérgica agitación de la Liga de Agricultores contra el sistema económico de Caprivi, también la interpretó Guillermo II como dirigida á él personalmente.

Lo propio sucedió con motivo del proyecto del gran



Doctor von Miquel, ministro de Hacienda del imperio alemán

canal, que las derechas combatieron, contando en 1901 con el concurso paradójico del señor de Miquel, ministro de Hacienda y vicepresidente del ministerio prusiano. Á pesar de tratarse no de grandes principios políticos sino de una cuestión de utilidad económica que debía decidirse estudiándola desde el punto de vista de los hechos, el emperador vió en aquella actitud de

las derechas un reto personal, y recogiendo el guante resolvió luchar sin consideración alguna.

También entonces se adoptaron duras medidas contra los rebeldes; algunos fueron borrados de la lista de la corte, entre ellos el conde Limburg-Stirum, quien, además, se vió desposeído de la categoría de embajador.

Llegó un momento en que los conservadores, aun los más realistas, salieron al palenque en defensa de la monarquía, pero contra el emperador y sus procedimientos, haciendo públicamente esta declaración: «Vemos con inquietud que ciertas manifestaciones de Su Majestad el emperador, siempre ciertamente inspiradas en los más levantados motivos, han contribuído no pocas veces, algunas por haber sido mal interpretadas, á colocar en una condición difícil nuestra política exterior.

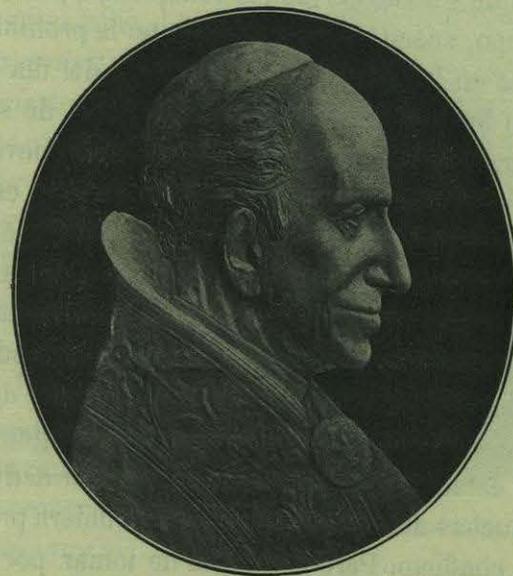
»Movidos por la aspiración de preservar el prestigio imperial de toda crítica y de toda discusión que no le son convenientes, é impulsados por el deber de evitar al imperio y al pueblo alemanes complicaciones y perjuicios, nos creemos obligados á expresar respetuosamente el deseo de que en lo porvenir se guarde una mayor circunspección en tales manifestaciones.»

Esta protesta la hacían, entre otros, hombres como Heydebrand, Kröcher, Manteuffel, Mirbach y Normann.

El personalismo del emperador se ha dejado sentir también en la esfera religiosa, dando lugar á malas inteligencias muy graves, tanto más cuanto que la intervención personal del soberano en los asuntos del clero protestante contrasta notablemente con su conducta para con los dignatarios de la Iglesia católica, y hasta para

con los más celosos adalides de la *Ecclesia militans*.

En mayo de 1896 publicóse el siguiente telegrama del emperador á su íntimo el barón de Stumm: «Stöcker ha tenido el fin que yo preví hace años. Los pastores políticos son un absurdo. El que es cristiano es también



El papa León XIII

socialista; el socialismo cristiano es una locura y engendra la exageración del propio mérito y de la impaciencia, cosas ambas contrarias al cristianismo. Los señores pastores han de cuidarse de la salvación de las almas y han de practicar el amor al prójimo, dejándose de la política que no les importa poco ni mucho.»

Este telegrama tuvo especial importancia porque en él hablaba no sólo el jefe del Estado sino también el obispo supremo de la Iglesia evangélica, para decir á su clero todo lo contrario de lo que al suyo recomen-

ba el jefe de la Iglesia católica, el papa León XIII, quien en una encíclica ordenaba á los soldados de la iglesia militante tomar parte en las luchas políticosociales.

Aquel mandato del emperador puso en grave conflicto de conciencia á muchos de los miembros del clero protestante y no de los menos conspicuos; pero, al mismo tiempo, suscitó la duda siguiente: la prohibición de ocuparse en las cuestiones palpitantes del día ¿rezaba sólo con los pastores evangélicos, ó había de ser también para los sacerdotes católicos, veintinueve de los cuales formaban parte del Reichstag alemán, en donde gozaban de una situación preponderante? Si sólo rezaba con los primeros, el clero protestante había de hallarse menos armado que los soldados del papa.

Si el emperador se hubiese limitado á condenar la exaltación de unos cuantos ó á censurar una agitación fogosa é indiscreta, en vez de rechazar, en general, todos los esfuerzos del clero para intervenir activamente en las luchas de la actualidad, no se hubiera producido ningún conflicto. Pero el que ha de tomar por modelo al fundador de la doctrina evangélica, á Martín Lutero, no puede olvidar que éste intervino como ningún otro en la vida social de su tiempo.

¿Qué males ha causado la intervención del clero en la vida pública de la nación alemana? Nuestra época ha resucitado las ideas sociales; pues bien, al lado del socialismo del Estado, de la razón fría, se ha colocado el socialismo cristiano para combatir con él contra la revolución, para poner en armonía la vida social con las doctrinas del Salvador. Y el kaiser, al decir que «los pastores políticos son un absurdo,» daba á entender que quería prescindir de uno de sus más valiosos

auxiliares en esa lucha, y establecía entre el clero evangélico y el católico una diferencia muy poco favorable para el primero.

Desde la fecha de aquel telegrama, el emperador no ha repetido los conceptos en él expresados, pero no los ha rectificado tampoco; y, en cambio, ha dado nuevas y mayores muestras de su estimación á los miembros de la iglesia católica.



El cardenal Kopp

Guillermo II, muy al revés de Bismarck, ha hecho siempre cuanto ha podido para bienquistarse con la curia romana y borrar el recuerdo de la *Kulturkampf* (1). Ya

desde muy joven, cuando no era más que príncipe, se dejó llevar, en su juicio sobre los adalides de la iglesia romana, de un optimismo que estaba en pugna con la realidad; y olvidando aquella sentencia de Bismarck, según la cual «no hay diplomacia más diestra y aguda que la del Vaticano», tuvo palabras de elogio y de agradecimiento para el cardenal Kopp, para el profesor Scheuffgen de Tréveris y para el mismo monseñor Galimberti:

«Estoy extraordinariamente satisfecho, escribía en

(1) Lucha por el culto.

aquel entonces, de que haya terminado la *Kulturkampf*. Últimamente se han acercado á mí muchos católicos ilustres, como Kopp y otros, y me han honrado con una absoluta confianza que me hace mucho bien. Repetidas veces he tenido también la suerte de hacerme intérprete de sus deseos y de prestarles algún favor, de modo que también á mis humildes esfuerzos ha sido concedido el contribuir á esa obra de paz, lo cual me complace en extremo.»

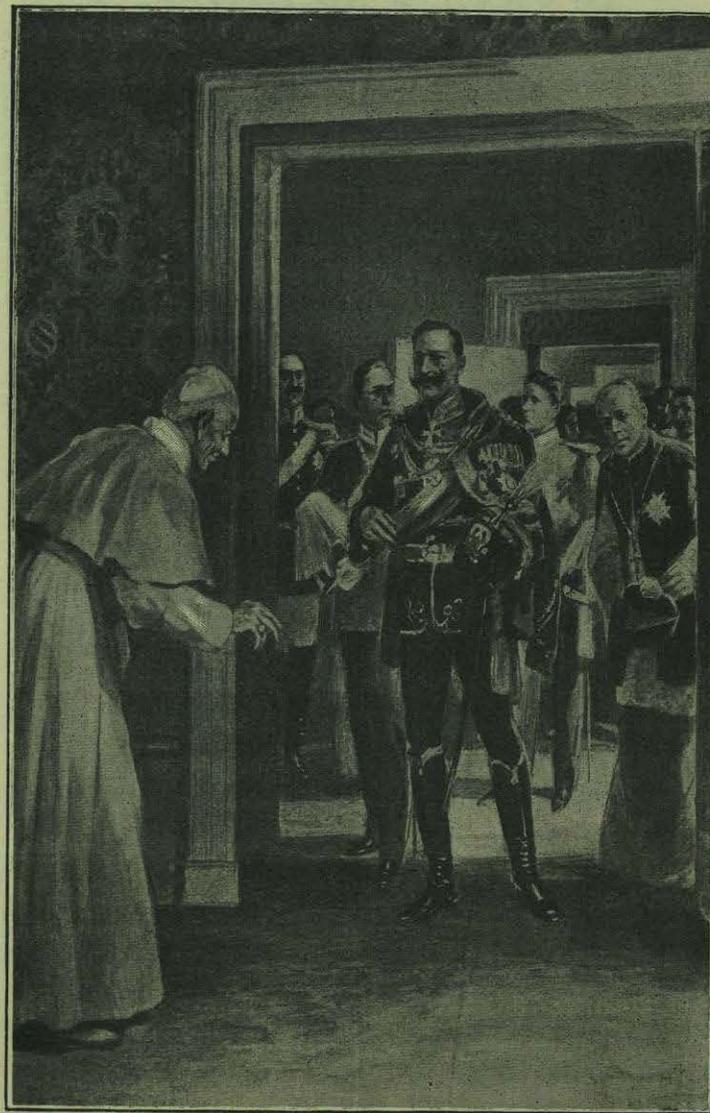
Y en los hechos posteriores del emperador se ve el mismo deseo de reconciliarse con la curia. Personalmente se ha acercado repetidas veces á los más altos dignatarios del catolicismo, convencido de que la inteligencia de persona á persona destruiría los profundos é inextinguibles antagonismos y sellaría una paz eterna.

Ya en la segunda visita que hizo á Roma, León XIII quedó encantado del modo de ser del emperador, y desde entonces pudo verse que la táctica de la diplomacia romana consistía en entonar los más entusiastas himnos en loor del que ceñía la corona imperial alemana, sin perjuicio de continuar lanzando al mundo el anatema contra los herejes.

Y aquella táctica tuvo su eco en los círculos afectos al Vaticano; así, cuando visitó por tercera vez al papa, estaban en primera fila, entre los que le saludaban, peregrinos y monjas, sacerdotes y frailes, testimoniándole sus simpatías.

Guillermo II rodeó su visita del mayor aparato, y un diario católico dijo: «Fué un cuadro conmovedor ver al emperador Guillermo salir al encuentro del Padre Santo y cogerle cordialmente ambas manos y besárselas.»

En aquellos días el conde Waldersee fué enviado á



ENTREVISTA DEL PAPA LEÓN XIII CON EL EMPERADOR GUILLERMO II
EN EL VATICANO, EL DÍA 3 DE MAYO DE 1903

Fiésole para saludar al general de los jesuitas, y de labios del cuarto canciller salió la noticia de que Prusia estaba dispuesta á admitir de nuevo á los hijos de Loyola.

Cierto es que, en algunas ocasiones, el emperador ha halagado á la Iglesia evangélica, y, si no él, su hermano el príncipe Enrique en su nombre, ha hablado de la necesidad de un movimiento antiultramontano; pero estas manifestaciones han sido puramente circunstanciales, hijas del momento; así, por ejemplo, dos meses después de haber indicado aquella necesidad, lo vemos, rodeado del canciller y de sus ministros, recibir de manos de los altos dignatarios de la Iglesia católica y en solemnes coremonias, la investidura de caballero del Santo Sepulcro por su expedición á los Santos Lugares; y le vemos, poco después, solicitado por el papa, cuando la persecución religiosa de Francia, y luego solicitar él, á su vez, á los dignatarios de la Iglesia para que le ayuden en su lucha contra el polonismo, recordándoles las palabras del «gran anciano,» del papa: «que todos los súbditos católicos, sean de la raza ó del estado que fueren, deben fidelidad á su soberano.»



CAPITULO XVII

Política exterior de Guillermo II. - Sus viajes á España é Italia. - Sus discursos de Darmstadt y Carlsruhe. - El conflicto marroquí. - Poder naval de Alemania. - Entusiasmo de Guillermo por la marina. - Prudencia y habilidad con que ejecuta su plan de dotar al imperio de una poderosa marina de guerra. - Conflicto chinoalemán. - Expedición alemana á China al mando del príncipe Enrique. - Banquete de despedida en Kiel. - Discursos del emperador. - Proyecto de ley para el aumento de la escuadra. - Dura oposición. - Campaña del kaiser en pro del acrecentamiento del poder naval. - El triunfo corona sus grandes esfuerzos. - El Reichstag vota la ley de aumento de la armada. - Á fin de mantener el entusiasmo del pueblo, una división de torpederos remonta el Rhin para saludar á las ciudades ribereñas. - Felicitaciones al kaiser. - Futura flota alemana. - Conocimientos técnicos de Guillermo II en materia de construcción naval.

Si se considera el período que se extiende desde las elecciones legislativas de 1903, en que el partido socialista sacó triunfantes ochenta y cuatro candidatos, hasta la disolución parlamentaria de 1906, se ve que las cuestiones exteriores adquieren en Alemania una importancia mucho mayor que las interiores, y que, durante estos tres años, la acción de Guillermo II se ejerce principalmente en el terreno internacional.

En 1904 los hechos culminantes son el viaje del em-

perador á España y á Italia, y los discursos inquietos y belicosos de Darmstadt y Carlsruhe, contestación al tratado francoinglés.

En 1905 tenemos el viaje de Guillermo á Tánger, la campaña de la prensa y de la diplomacia alemanas contra M. Delcassé, fautor del tratado anglo-español-francés, respecto á Marruecos, y sus negociaciones con M. Rouvier, fautor del acuerdo francoalemán que disipa los temores generales de un conflicto europeo.

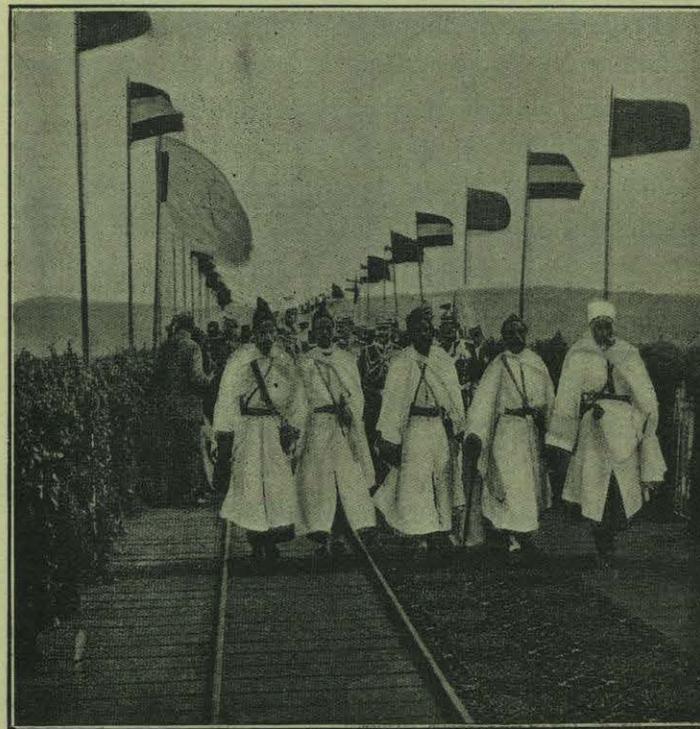
En 1906 tenemos la conferencia de Algeciras, en que toma parte principal el canciller, príncipe de Bülow. Y, terminada la crisis marroquí, se generaliza en Alemania la impresión de que, para el imperio, el resultado no corresponde á su esfuerzo.

La causa de todo esto hay que buscarla en el desarrollo mismo de Alemania y, principalmente, en el rápido aumento de su poder naval. La creación y prodigioso desenvolvimiento de este imperio no podían menos de causar algunas transformaciones en el mundo. Mientras sus progresos no interesaron más que á la Europa continental, las demás naciones no se preocuparon de ellos; pero la inquietud, el recelo y la alarma fueron generales el día en que Alemania se calificó á sí misma de potencia mundial y en que el emperador Guillermo declaró que su porvenir estaba en los mares. La actividad febril que el kaiser desplegaba en aumentar la marina alemana, reveló un plan y una voluntad bien decididas.

Guillermo II ha atendido, en efecto, casi más que al robustecimiento de las fuerzas de tierra, al poderío naval de Alemania.

Ya desde joven mostró gran predilección por la vida

del marino, predilección que más tarde se convirtió en entusiasmo, hasta el punto de envidiar á su hermano Enrique porque estaba destinado á la armada.



Desembarco en Tánger del emperador Guillermo II.

El emperador hablando con Ab-el-Malek, tío del sultán de Marruecos

—Quisiera poder cambiarme contigo—le dijo en cierta ocasión.

Como emperador, su mayor placer ha sido poder bautizar un barco, lo mismo de guerra que mercante, y en sus discursos ha procurado siempre infiltrar en el corazón del pueblo el entusiasmo que llenaba el suyo.

Su frase: «Nuestro porvenir está en el mar,» demues-

tra su profundo conocimiento de lo que conviene al pueblo alemán y de lo que de éste exige el curso de los nuevos tiempos.

Desde el principio de su gobierno comprendió que la marina de guerra alemana no respondía á lo que requerían de ella la seguridad de las costas y la protección de las colonias de Alemania, como también la de su marina mercante en caso de guerra. Por esto ha procurado siempre atender, en lo que sus fuerzas permitían y según las circunstancias, á esa rama del poderío germánico, aunque con la limitación que le imponía su afán inmediato de completar la organización del ejército; pero una vez conseguido esto último, dedicó todos sus esfuerzos á dotar al imperio alemán de una marina de guerra digna de su situación de «potencia universal.»

Y como sabía que varios partidos del Reichstag habían de oponer á ello mayor resistencia de la que opusieron al fortalecimiento del ejército, procedió con prudencia y habilidad diplomáticas, aprovechando con talento, para sus planes, las circunstancias políticas.

En noviembre de 1897, unos chinos asesinaron en la península de Chantung á dos misioneros alemanes y destruyeron la casamisión y el templo á ella anejo. El gobierno alemán exigió que este crimen fuese severamente castigado, y, para apoyar la reclamación, el emperador ordenó que la división de cruceros que, al mando del vicealmirante Otón de Diederich, estacionaba en el Asia oriental, ocupase militarmente el puerto de Kiantchú, situado en la costa Sudeste de Chantung.

Las negociaciones que se siguieron con el gobierno chino dieron por resultado que éste no sólo se allanase

á la reclamación alemana relativa al castigo del asesinato de los misioneros, sino que, además, accediera á otros deseos de Alemania.

Desde hacía tiempo, sentía Alemania la necesidad de adquirir un fuerte punto de apoyo para sus barcos que navegaban por las costas orientales de Asia, y ahora se presentaba naturalmente la ocasión de satisfacerla. En efecto, el gobierno chino mostróse dispuesto á arrendar al imperio alemán por noventa y nueve años el golfo de Kiantchú con todo el territorio circundante, habiendo sin duda contribuido á esta buena disposición de China el servicio que la política alemana prestó al celeste imperio á raíz de la guerra de 1894 entre el Japón y Corea; entonces Alemania, de acuerdo con Francia é Inglaterra, salvó á China de la agresión de los vencedores japoneses.

Para terminar definitivamente el arreglo concertado y vigilar la construcción del nido para el águila alemana en aquellas apartadas tierras, el emperador envió al Asia oriental á su hermano Enrique con una división de cruceros que reforzase la de Diederich. Con objeto de despedir á su hermano y á los marineros alemanes, el emperador marchó á Kiel, y en el banquete de despedida que dió en el palacio real de aquella ciudad, pronunció un discurso entusiasta que encontró eco en el corazón de todos los patriotas.

«Mi querido Enrique, dijo; el viaje que vas á emprender y la misión que has de desempeñar no son, en sí, nada nuevo; son las consecuencias lógicas de lo que políticamente crearon nuestro difunto abuelo y su canciller, y de lo que en el campo de batalla alcanzó con su espada nuestro excelente padre; son simplemente la

primera confirmación del imperio alemán nuevamente unido y resurgido de nuevo en su misión ultramarina. El asombroso desarrollo de sus intereses mercantiles ha llegado á tales proporciones que es deber nuestro seguir á la nueva Ansa alemana y procurarle aquella protección que puede exigir del imperio y del emperador. Los hermanos alemanes de vocación religiosa que han abandonado su patria para consagrarse á una obra silenciosa y que no han vacilado en exponer su vida para aclimatar nuestra religión en tierra extranjera y entre pueblos extraños, se han puesto bajo mi amparo y es menester asegurar para siempre bienestar y protección á esos hermanos tantas veces humillados y á menudo oprimidos. De aquí que la empresa que te he confiado y que tú has de realizar en unión de tus compañeros y en los buques que ahí fuera están dispuestos, sea una empresa esencialmente protectora, no agresiva.

»Es preciso que, bajo el amparo de nuestra bandera de guerra alemana, se otorgue á nuestro comercio, al comerciante alemán, á los buques alemanes, el derecho que podemos exigir, el mismo derecho que los extranjeros conceden á todas las demás naciones.

»Nuestro comercio no es cosa nueva, que ya el Ansa fué en lo antiguo una de las empresas más poderosas que en el mundo ha habido, y las ciudades alemanas pudieron en otro tiempo formar flotas como hasta entonces no habían cruzado nunca los mares. Pero nuestro comercio decayó, y necesariamente había de decaer, porque le faltó una condición: la protección imperial.

»Hoy las circunstancias han variado; la primera condición esencial, el imperio alemán, existe; la segunda,

el comercio alemán, florece y se desarrolla, y no puede prosperar y desarrollarse seguramente, más que sintiéndose seguro bajo el poder del imperio. El *poder imperial* significa *poder marítimo*, y ambos se *necesitan mutuamente*, de tal manera que *el uno sin el otro no puede subsistir*.

»La escuadra, reforzada con tu división, habrá de mostrarse como testimonio del poder imperial y del poder marítimo, viviendo en buena amistad y en trato íntimo con los compañeros de las flotas extranjeras de aquellos mares, y amparando vigorosamente los intereses patrios contra todos los que quieren lastimar á los alemanes.

»Esta es tu misión y esta es tu tarea. ¡Que los europeos, que los comerciantes alemanes establecidos en lejanas tierras, y, sobre todo, que los extranjeros en cuyo territorio nos hallemos ó con quienes debemos relacionarnos, vean claramente que Alemania ha clavado fuertemente en el suelo su escudo adornado con el águila imperial, para proteger una vez para siempre á quien le pide protección; y que nuestros compatriotas que viven en apartados países, ya sean sacerdotes, ya comerciantes, sea cual fuere la profesión que ejerzan, estén firmemente convencidos de que se les prestará perseverantemente el amparo del imperio alemán impuesto por los buques imperiales!»

Algún tiempo después, con ocasión de la jura de la bandera por los reclutas, dijo el emperador:

«Allí donde esté enterrado un alemán que haya muerto por la patria en el cumplimiento de su deber, y allí donde el águila alemana clave su garra, el territorio es y seguirá siendo alemán.»

Para apoyar debidamente estas palabras, necesitaba el emperador una escuadra, y la escuadra alemana, á pesar del cuidado que Guillermo había puesto en fortalecerla y aumentarla, no correspondía á lo que se exigía de ella.

El emperador dedicó todos sus esfuerzos á crear un poder marítimo hasta cierto punto igual á las flotas de los Estados vecinos, y al efecto hizo formular una ley que fué presentada al Reichstag en el otoño de 1897 y contra la cual se levantó en el Parlamento y en la prensa una oposición durísima, que encontró eco en el pueblo. Guillermo intervino personalmente en aquella lucha de opiniones y aprovechó toda ocasión para atraer partidarios á sus planes.

En el discurso del trono pronunciado en noviembre de 1897 con motivo de la apertura del Reichstag, se anunció la presentación de un proyecto de ley para el aumento de la armada, encareciéndose con especial empeño la necesidad del mismo.

Presentado poco tiempo después el proyecto, dió lugar á las más enconadas discusiones; pero el emperador supo llegar al corazón del pueblo y excitar el interés en todas las clases de la nación en pro de aquella obra nacional, y después de grandes é incesantes esfuerzos, de una intervención infatigable, tuvo la satisfacción de ver aprobada, en 28 de marzo de 1898, aquella ley por 212 votos contra 139. De todos los ámbitos del imperio recibió telegramas de felicitación por tan brillante victoria.

El emperador trabajó sin descanso para que la nueva ley se llevase á cabo, para que se ampliase y completase la obra comenzada y para que no se enfriase el en-

tusiasmo del pueblo por el poderío marítimo del imperio. Al efecto hizo que una división de torpederos remontase el Rhin á fin de saludar á las ciudades ribereñas.

«Al penetrar esta división en el interior de Alemania, á pesar de todos los obstáculos, decía contestando al telegrama de felicitación del gran duque de Hesse, estoy convencido de que contribuirá á fomentar el entusiasmo nacional y á fortalecer en el pueblo alemán, bajo el gobierno de sus príncipes, el conocimiento y la importancia de nuestra misión en el mar.»

Aquella división de torpederos, que llegó hasta Estrasburgo, fué acogida entusiásticamente en todas partes.

Cuando en 12 de junio de 1900 el Reichstag aprobó la ley complementaria de la del aumento de la armada, el emperador recibió nuevas felicitaciones; á la del Senado de la ciudad libre de Hamburgo contestó en los siguientes términos:

«He recibido con satisfacción vuestro telegrama, y vuestras palabras me demuestran nuevamente que habéis comprendido mis esfuerzos y me habéis acompañado lealmente en mi labor para lograr el fin propuesto. Ya comprenderéis cuán agradecido estoy al Todopoderoso. ¡Que siga prestándonos su ayuda para terminar pronto la obra empezada! Hasta entonces nuestras manos alemanas habrán de trabajar activamente.»

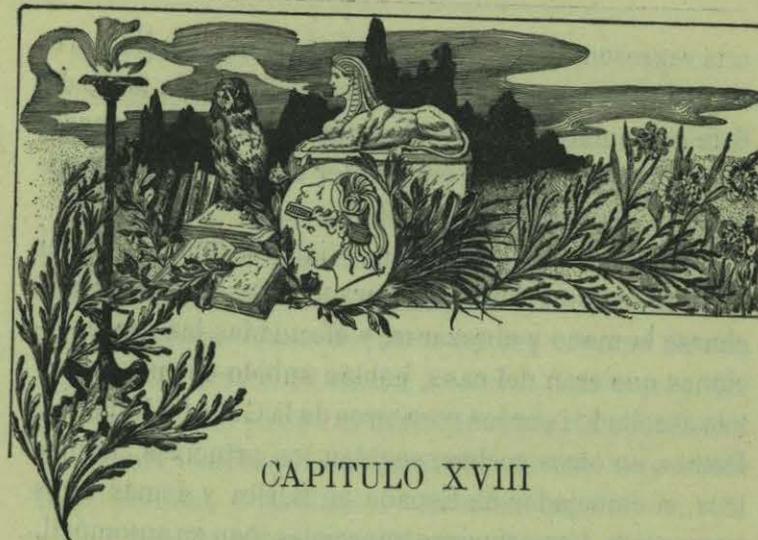
Y completando estas palabras, contestaba en los siguientes términos á la felicitación de la Dirección de la línea amburguesa de América: «Y ahora ¡adelante! para que nuestra flota pueda presentarse en los mares imponiendo respeto, como aumento de fuerza en mi mano á fin de garantizar la paz del mundo.»

En 1917 podrá surcar los mares la flota alemana aumentada y transformada según los planes del emperador, es decir, formando cuatro escuadras con un total de cuarenta buques de línea, catorce grandes acorazados y treinta y ocho pequeños cruceros.

El emperador se ha preocupado grandemente de las construcciones navales, enterándose minuciosamente de la de cada uno de sus buques y atendiendo á que se aplicasen siempre los adelantos más modernos.

Posee vastos y sólidos conocimientos técnicos en esta materia, como lo demostró en la tercera asamblea ordinaria de la Sociedad de técnica de la construcción naval, celebrada en noviembre de 1901 en Carlotenburgo. Discutióse el tema de la instalación de la artillería en los buques de línea, y después que hubieron hablado el ponente y algunos especialistas, cuando se creía terminada la discusión y el presidente preguntó si alguien quería hacer uso de la palabra, levantóse el emperador, subió á la tribuna y pronunció un discurso en el que trazó un brillante resumen histórico del punto que se debatía, desde la época de las galeras, y examinó con gran suficiencia la nueva técnica de la construcción naval alemana.

No menos atención dispensa á la instrucción de las tropas de mar y al desenvolvimiento del mando de buques para el caso de guerra. Todos los años, cuando los reclutas de la armada prestan el juramento en Kiel y en Wilhemshaven, les dirige ardientes alocuciones que convencen á aquella juventud de la gran importancia del poder marítimo alemán.



CAPITULO XVIII

Visita de Alfonso XIII á Guillermo II. - En la estación de Potsdam. - Entrada solemne de Alfonso XIII en Berlín. - Recepción entusiasta. - La avenida de los Tilos. - Jura de banderas. - Cacerías. - Alfonso XIII, coronel del regimiento de Magdeburgo. - El 66 de línea. - La princesa María Antonieta de Mecklenburgo. - Vientos de revolución intelectual. - Serie de escándalos. - En busca de responsabilidades. - Campañas de insinuaciones. - Maximiliano Harden. - ¿Camarilla nefasta? - Guillermo II procura lavarse de toda solidaridad con los sospechosos. - La aristocracia y el ejército, víctimas de una crisis de sospecha. - Merma del principio de autoridad. - Campaña contra Guillermo. - Sus causas. - Famoso *interview* del *Daily Telegraph*. - Imprudentes declaraciones del kaiser. - Consternación de Alemania. - La «semana negra de la monarquía prusiana.» - Opiniones de la prensa conservadora. - Reuniones de protesta. - Ruidosa interpelación en el Reichstag.

Al Oeste de Berlín y al Sur de las sinuosidades que allí forma el río Spree, se extiende el inmenso y hermoso parque Thiergarten, nombre alemán que significa Jardín Zoológico. Lo atraviesa, casi de Este á Oeste, una ancha avenida, continuación de la carretera de Carlotenburgo, que termina, por el extremo oriental, en la puerta de Brandeburgo, entrada, por aquel lado, de la parte urbana de Berlín. Pasada la puerta de Brandeburgo, se entra en la plaza de París. En esta plaza,